

Sergio Montecino: Pintor de Sensaciones

Por María Carolina Abell Soffia

● Es uno de los más fieles paisajistas chilenos. A través de su hacer creativo ha inmortalizado cielos y tierra sureños. Su meritoria labor plástica, su dilatada actividad docente y aporte a la cultura fueron finalmente reconocidos. En días pasados, el artista de la Generación del 40, recibió el Premio Nacional de Arte.

SERGIO Montecino, pintor; nacido en Osorno en 1916, fue distinguido la semana pasada con el Premio Nacional de Arte 1993. El galardón pone de relieve la amplia trayectoria artística del pintor y su impacto en la plástica chilena. También destaca su compromiso con la cultura que se ha manifestado a través de una extensa actividad docente en la Universidad de Chile.

Montecino se formó en manos de los alemanes en el sur del país. Prosiguió sus estudios en el Instituto Nacional de Santiago. El Derecho fue su primera búsqueda vocacional, pero rápidamente captó que su camino era la Escuela de Bellas Artes. Allí se formó con Augusto Eguluz. Fue ayudante de Camilo Mori, y a partir de 1957 asumió como profesor titular.

La labor de este artista —integrante de la llamada, por el crítico José Antonio Romera, generación de la "Escuela de Bellas Artes", más bien conocida como la del 40—, quien vive retirado en el silencio de la actividad creativa y solitaria del taller, no sólo está marcada por múltiples exposiciones, sino también por numerosas distinciones. Una de las más relevantes fue el premio República del Perú que obtuvo en la Primera Bienal Hispanoamericana del Arte en 1951.

El Miembro de Número de la Academia Chilena de Bellas Artes y fundador de la Revista Pro Arte, después de dos postulaciones sucesivas en las que no salió elegido tan sólo por un voto, recibió feliz el estímulo a su meritorio trabajo artístico.

A sus 77 años, tras una delicada operación, recibió el premio. Muy contento y agradecido por las inesperadas muestras de afecto que ha recibido en estos días, incluso del Presidente de la República, nos atendió en su casa de El Arrayán.

Por amor a la tierra

Es uno de los más fieles paisajistas chilenos. Nunca ha abandonado esta temática

ni siquiera por su profundo interés en la figura humana.

Por más de cincuenta años se ha concentrado en la belleza natural que proponen los entornos sureños. Su tierra de cielos nubosos y extensas planicies campestres. Esas inmensidades espaciales, cargadas de riqueza cromática, le han permitido dejar estela en la tradición pictórica nacional. Su labor se une a la tradición pictórico-paisajística de las artes visuales chilenas.

—Por años se ha mantenido fiel al paisaje, su temática principal. Sin embargo, también ha abordado la figura humana...

—Siempre se me identifica con el paisaje, pero me interesa mucho la figura humana porque permite resolver con más propiedad los valores plásticos contenidos en la forma, color y contenido.

—¿Qué se le da más?

—Creo que el paisaje.

—Su amor por el paisaje osornino, el de su tierra de origen, ha nacido con el interés de rescatar el sentido regional?

—Sí. Soy pintor de Osorno, como Israel Roa lo es de su zona, Angol, y Hardy Wistuba de Puerto Montt.

El sur tiene una geografía inagotable. Cualquier recodo de un camino invita a parar el caballo, extender la tela y buscar una solución plástica.

—¿Cómo combina lo sensitivo, que en usted es muy fuerte, con lo intelectual?

—Trato de extraer el mensaje lírico del paisaje, siendo que muchos abjurán de ello. Es muy difícil separar la emoción de lo netamente cerebral. En todo caso, lo mío no es cerebral, es más emocional.

—El año 44, cuando estuvo becado en Brasil, tuvo la oportunidad de vincularse con el arte abstracto, ¿por qué abandonó ese camino?

—En ese tiempo nadie conocía lo que era el arte abstracto. De haber seguido en eso, habría sido el primer abstracto chileno, pero consideré que no tenía la imaginación suficiente para sostener esa postura estética. La abandoné y volví a lo mío.

—Pero sus obras son bastante abstractas, pues rehúyen lo narrativo.

—Nunca he intentado hacer paisajes veristas. No quiero que el lugar exacto que he pintado sea identificado.

—¿Eso quiere decir que sus obras, muchas veces, son inventadas?

—Uno puede hacer el paisaje incluso de recuerdos. Aprovecho el modelo y lo desa-



Sergio Montecino, Premio Nacional de Arte 1993. En el pasado recibió las influencias de Mori y Roa, quienes también fueron figuras distinguidas de la plástica nacional que se hicieron acreedoras del galardón en 1950 y 1985, respectivamente.

rrullo. Lo mismo me ha sucedido con los retratos. Uso el modelo, pero me desentiendo de las facciones y busco soluciones netamente plásticas.

—Entonces, ¿usa sólo imágenes interiores, basadas en la realidad, para sus pinturas?

—El pintor no se debe apartar de la naturaleza aún cuando invente cuadros.

—¿Por qué se ha empeñado tanto en la belleza natural?

—La belleza natural supera a la artística, porque una montaña siempre va a ser montaña. En cambio, una tela que recuerda una montaña es perecible. Se transforma y muere después de un tiempo. Es algo natural, pero la vegetación y tierra perduran para siempre.

Disciplina v/s inspiración

Confiesa que es desordenado. También impuntual... ¿rasgos artísticos? No importa. Su bondad aflora por todas partes. Es amable y cariñoso. Sencillo y apacible. En su parcela de El Arrayán, rodeado de múltiples obras propias y de grandes maestros de la pintura chilena, vive junto a su esposa —Eliana Banderet—, nietos, yernos e hijas. Allí, entre los altos y bajos de la ladera de un cerro por el que merodean seis perros, surge una casita de madera. Es el taller del artista. En esa pieza tapizada de óleos de variados formatos aparecen las distintas facetas de Montecino. Oleos, grabados, pasteles y acuarelas han sido las técnicas que ha abordado. Y, en medio de atriles y pinturas, aflora el rincón del pintor. Ahí yace un pequeño paisaje inconcluso que deja entrever su proceso creador.

—¿Crea sólo cuando se siente inspirado?

—Sí. Soy un pintor de emociones. Cuando siento el impulso de pintar, pinto.

—¿Cómo surge el impulso creador?

—Es un estado de inspiración, aunque no hay que perder de vista que lo que uno está haciendo ya está en la naturaleza. En la pintura hay que ser valiente. No hay que tener trabas, hay que sobrepasar lo existente.

—¿Cómo se enfrenta al lienzo?

—Tela en blanco: ¿cómo habré de resolverla?, me pregunto, pero pronto recuerdo que, tal como lo dijo alguien, "un cuadro está hecho de antemano". El pintor no hace más que correr el velo que lo separa del espectador. Después de varias semanas o sesiones aparece el cuadro.

—¿Qué valor le concede a la técnica?

—Es imprescindible. Hubo un momento, cuando estaban los informalistas, que se despreciaba, pero eso no puede ser. Es falso. El pintor necesita de la técnica para resolver, con inteligencia y pasión creadora, su obra.

—En sus obras se observan grandes ma-



"La Nube Blanca". Con esta obra ganó el primer premio de la IV Bienal Internacional de Valparaíso.

sas de color tocadas por pinceladas gestuales y gráficas. ¿Qué valor le concede a la línea en su creación?

—Una pintura debe girar alrededor de tres cosas: dibujo, forma y color. La línea es el reflejo del pulso, es el traspaso de la energía del cuerpo a la tela.

—¿Por qué le gusta pintar con los colores puros, sin mezclas en la paleta?

—Para que se mezclen en la tela. Es una manera de no apagar la vibración y transparencia que les son tan propias al salir del tubo.

—Su producción artística asciende aproximadamente a 600 obras de gran formato. En ellas ha dejado plasmada su visión del mundo, que ha sido catalogada como expresionista. ¿Siente usted que le calza esa denominación?

—No, porque estoy más cerca de la pintura francesa desde Van Gogh a Cézanne. Soy posimpresionista. Sigo el consejo de Cézanne: "Pintar el campo que no está pintado".

—Recibió las influencias de grandes maestros como Augusto Eguluz, Héctor Cáceres, Camilo Mori e Israel Roa. ¿Qué aprendió de cada uno de ellos?

—Aquí ha habido grandes paisajistas como J. Francisco González, Agustín Abarca y Valenzuela Llanos, que levantaron la idea del paisajismo en la cultura chilena a un grado notable. Ellos han sido un horizonte muy importante para mi desarrollo. Augusto Eguluz me dejó la impronta de la pintura y el espíritu de la cultura francesa. De Camilo Mori y Héctor Cáceres pude apreciar la inquietud por renovar constantemente el lenguaje pictórico. Asimismo, la dinámica espiritual del maestro Israel Roa ha sido una lección constante.

"Un alumno más"

Su trayectoria artística ha sido lineal,

"sin grandes quiebres", agrega. Los años cuarenta y cincuenta los dedicó a adquirir una sólida formación. Entonces se sumió en un trabajo disciplinado y escolástico. Una vez que conquistó su estilo personal siguió creando de manera más libre hasta que hizo universal su visión cósmica del entorno regional. Retratos, naturalezas muertas, bosques y paisajes abiertos a la infinitud espacial han sido durante más de cincuenta años sus motivaciones temáticas principales.

—Ejerció la docencia durante 30 años en la Universidad de Chile. ¿Esa experiencia le sirvió en términos personales para su creación?

—Me sirvió para superarme constantemente. Volví a ser estudiante. Las mismas inquietudes que ellos tenían, las tuve que solucionar. Quise ser un alumno más. Compartí las dudas. Nunca impuse mi estilo. No quería influir, sino que ayudar a encontrar el propio camino.

—Después de jubilar, ¿por qué no siguió con la enseñanza?

—No me entusiasmo mucho. Tenía otras preocupaciones y me costaba mucho estar sujeto a un horario definido.

—¿Se encuentra en situación de exponer, por ejemplo, el año entrante?

—Sí. —Responde mientras arregla unos pinceles y óleos que descansan sobre el mesón del taller.

—Sus obras han vuelto a cobrar vitalidad y presencia en el ambiente artístico nacional, en especial a partir de los años ochenta cuando hay un renacer del paisaje. ¿Qué opina?

—No debe haber divorcio con la realidad, pero tampoco una esclavitud.

Ningún pintor puede abjurar de la naturaleza. A mí personalmente me impacta. Ella subyuga mi pupila, pero que los jóve-

Aires de Escritor

SU labor en la difusión del arte y cultura chilenos se ha manifestado a través de las numerosas conferencias que ha dictado en universidades e importantes centros culturales dentro y fuera del país. Su visión plástica también ha quedado plasmada en sus múltiples comentarios sobre la creación de los más destacados artistas chilenos contemporáneos. Su valioso aporte al arte ha quedado también impreso en una amplia lista de artículos y monografías publicados en revistas y periódicos; y también en dos publicaciones que llevan su nombre:

"Pintores y Escultores de Chile", 1970, Carrión, Santiago, Chile.

"Entre Músicos y Pintores", 1987, Amadeus Ediciones, Santiago, Chile.

nes pintores hayan llevado a sus telas nuestro paisaje me parece muy positivo, pues nos identifica como pueblo.

Sergio Montecino ha pintado su aldea y así el mundo. Esas obras que han inmortalizado la tierra y la atmósfera del sur del país se han hecho universales. Y, perdurarán en nuestra memoria, como testimonio melancólico de la belleza natural.

"En el campo", 1979.

La fuerte influencia de los posimpresionistas se observa en este paisaje.